

UNA PAGINA DE HISTORIA COLOMBIANA

EL PROGER DESCONOCIDO

Por MANUEL JOSE FORERO





Un día del año de 1831 enderezó los cansados pasos de su cabalgadura un humilde viajero, hacia la casa cural de una parroquia cercana al territorio interminable de los Llanos Orientales.

Así, en el rostro como en el traje, manifestaba la pesadumbre de una jornada recia, bajo los rayos abrasadores del sol llanero; venía de muy adentro, y la penalidad del viaje se reflejaba en la fatiga de sus ojos.

Golpeó con mano fuerte en el antiguo portón, y una vez que le fue abierto solicitó por el señor cura, porque traía un recado de urgencia para él.

Acudió con presteza el párroco, y oyó de los labios del viajero la súplica escuchada tantas veces: "A varias leguas de distancia hay un moribundo que pide prontamente los consuelos espirituales. Ojalá emprenda camino ahora mismo, para llegar a tiempo".

Atendió con presteza el virtuoso

eclesiástico la petición del llanero; y mientras éste descansaba algunos momentos y tomaba un refrigerio indispensable y generoso, estuvo lista una cabalgadura adecuada para realizar en buenas condiciones la travesía.

Resonaron luego los despejados ámbitos de la humilde plaza de aquella aldea con el eco de las caballerías; y todo quedó en silencio de nuevo, mientras a lo lejos dejaban oír su voz algunas aves monteses ocultas en la espesura de las grandes matas.

Después de varias horas de viaje anunció el llanero la proximidad del tambo en que descansaba el enfermo. Por todas partes la soledad rodeaba a los viajeros y la naturaleza copulenta les hacía sentir la magnificencia de sus tesoros.

Los llaneros adquieren el concepto de la supremacía humana delante de los peligros del aislamiento y de la violencia del ambiente. El ancho río lleno de peligros apenas significa una dificultad pequeña para los habitantes



DOCTOR JOSE MANUEL FORERO

El doctor José Manuel Forero ha sido presidente de la Sociedad Geográfica de Colombia y en la actualidad es miembro de la Academia Colombiana de la Lengua y de Historia, además es miembro correspondiente de la Real Academia Española.

Dentro de sus contribuciones a las letras Colombianas, se destacan, la "Historia Análítica de Colombia" y el volumen "V" de la Historia Extensa de Colombia, intitulado "La primera República".

de nuestras llanuras. La selva espesa en donde acechan los reptiles y aguardan las fieras de poderosa garra constituye un acicate para su espíritu audaz y temerario.

Saben los que allí viven, cercados por la inmensidad, que de su esfuerzo depende la subsistencia diaria; porque la riqueza esparcida en la tierra por la mano de Dios requiere la mano laboriosa y de la frente resuelta y valiente.

Quien vive en el llano pierde de vista las leyes particulares de la vida civil y ha de revestirse a cada instante de un fiero criterio de energía y constante coraje que le permita superar las amenazas circundantes. El hombre que levanta su casa a la sombra de las altas palmeras, al lado de los morichales rumorosos, cerca de

las vegas refrescantes y suaves, no ignora que la naturaleza puede con tremenda facilidad devorarlo en un instante, o arrebatarle en una hora el fruto de las calladas fatigas de muchos años.

La llanura presta refugio seguro a quien lo necesita, y satisface con esplendidez ambiciones de reposo y de olvido; pero exige con rigor soberano la faena que nunca concluye y la tenacidad que ante ninguna cosa se doblega.

En la humilde cabaña llena de luz reposaba sobre duro lecho el enfermo; una buena mujer cuidaba de su sueño y estaba atenta a sus menores movimientos.

Cuando entró el párroco de la distante aldea, despertó, y con agradable ademán le saludó y le invitó a sentarse. El eclesiástico lo miró con discreta mirada y entró en sosegada conversación con él.

Sorprendió mucho al visitante hallarse delante de un caballero de facciones distinguidas y de noble figura, pues, más bien esperaba encontrar en el tambo llanero a un hombre rudo y campesino. El brillo amortiguado de los grandes ojos negros contrastaba con la blancura de los cabellos abundantes.

Oyó en confesión el párroco al desvalido estanciero de ese sitio lejano, y le prodigó los cuidados del espíritu y los consuelos necesarios en la hora suprema.

Concluido todo, rogó el enfermo al solícito sacerdote que le escuchara aun otras palabras que necesitaba confiarle, y entonces le dijo: Usted no

me conoce ni podría adivinar quién soy, porque hace varios años que paso por muerto. Mi nombre es José María Gutiérrez, y así figuré en la lista de los militares granadinos que hicieron en los primeros años de Colombia la independencia de la patria.

Desde 1810 todos los granadinos que deseábamos la libertad nos dedicamos a trabajar por ella; unos ocuparon puestos en el nuevo gobierno patriota, y otros fuimos a luchar en los campos de batalla contra los realistas que a todo trance querían mantenernos en la servidumbre colonial.

Yo tomé las armas y alcancé en la guerra el grado de coronel, con el cual me conocieron mis soldados hasta el año amargo de 1816 en que el general Pablo Morillo se apoderó del territorio de la patria y despedazó en un momento la obra de seis años de sacrificio.

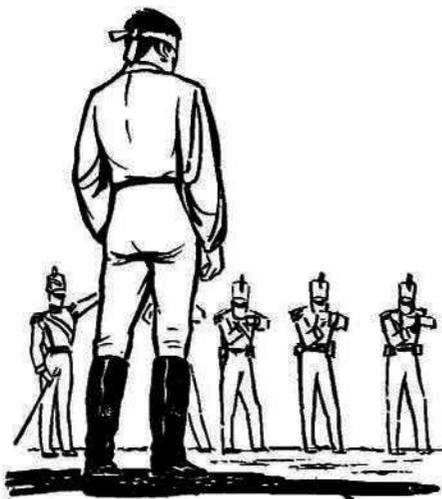
Morillo envió soldados realistas por todas partes para que batieran o



aprehendieran a los fugitivos republicanos con el propósito de acabar con todos ellos en el patíbulo. Usted sabe cuántos murieron entonces en Santafé, en Neiva, en Cartagena y en Cali. Y tal vez usted pueda recordar ahora que en la ciudad de Popayán fue fusilado el Coronel José María Gutiérrez, en castigo de sus servicios a la independencia colombiana.

Ese coronel Gutiérrez que pasó entonces por muerto soy yo, que ahora le hablo, pues deseaba confiarle a alguien en el mundo la verdad de lo sucedido conmigo en 1816.

Así continuó hablando el enfermo a su maravillado oyente: El 6 de septiembre de 1816 fue la fecha señalada para mi ejecución en la plaza de Popayán. Cuando los tiranos que domi-





naban esa provincia me pusieron en capilla para que pudiera prepararme a morir, fui asistido por un religioso franciscano cuya memoria es sagrada para mí.

Sus palabras de consuelo y esperanza labraron mucho en mi corazón; y concurrí a padecer la muerte que me daban los españoles, con grande entereza de ánimo. Vi a la multitud agolparse a las puertas de la prisión para presenciar la salida de los condenados al suplicio, vi la doble fila de los curiosos que desde allí se reunían hasta la plaza, y con mis propios ojos divisé el patíbulo.

Llegado allí, el religioso franciscano se despidió de mí con tiernas palabras y me exhortó a que perdonara a los enemigos de la patria en aquella hora suprema. Yo hice ese último sacrificio de mis convicciones y me coloqué en el sitio señalado para el fusilamiento.

La descarga me hizo caer al suelo y aun me privó de sentido y razón durante algunos instantes; entonces el

religioso se acercó a mi cuerpo desmadejado y observó con prontitud que yo no estaba muerto, como lo creían en ese instante mis ejecutores y verdugos.

No dio a entender a los circunstantes lo que entonces pasó por su alma; me cubrió el rostro con su manto y pidió luego al comandante del pelotón que le permitiera dar sepultura en la iglesia de su convento al ajusticiado.

Sin dificultad concedió dicho permiso el oficial realista, pues, bien sabemos que los cadáveres de algunas personas eran sepultados en los templos según el uso de la época.

Con sumo cuidado me hizo conducir mi benefactor a la iglesia, me dejó allí sobre una camilla improvisada mientras ordenaba cerrar las puertas y volvió a mi lado a cuidar las heridas que presentaba en mi cuerpo desvalido y atormentado.

Horas después me condujo a una celda, con mucho esfuerzo de su parte, pues no ignoraba la suerte que correría si los españoles se daban cuenta de su acción bienhechora.

Semanas enteras estuve a su cuidado; y finalmente me hizo poner de pie, completamente restablecido y apto para seguir viviendo.

Cambié de nombre para no comprometer a quien me había salvado; con infinitas precauciones salí de Popayán mucho tiempo después y vine a refugiarme en los Llanos como único sitio seguro. Aquí he vivido desde entonces ignorado de todos, pues preferí más bien pasar desapercibido y olvidado, aunque luego supe la restauración de la patria.

Yo era, concluyó el moribundo, conocido, con el sobrenombre de "el fogoso", por mi carácter atrevido y vehemente; ahora en realidad aguardo la llegada de la muerte, sin dolor y sin amargura.

La narración anterior fue conocida en su juventud por el ilustre escritor colombiano don José María Vergara y Vergara, que la menciona en su admirable historia de la literatura colombiana, al propio tiempo que advierte la imposibilidad de comprobarla por

muchas razones. De otra parte, el nombre insigne del prócer José María Gutiérrez figura en la lista de los ejecutados por los realistas en la ciudad de Popayán; dicha relación fue escrita por uno de los realistas encabezados por el célebre Pacificador Pablo Morillo.

El relato original fue confiado por el párroco que figura en él a personas de su confianza, que lo hicieron conocer luego del sabio escritor mencionado.

APARTES DEL DISCURSO DEL CAPITAN DE NAVIO TOMAS PIZARRO DAVILA, AGREGADO NAVAL DEL PERU

Es con profunda emoción como hoy después de dos años de estadía en este hermoso país, tengo que despedirme de los compañeros y amigos de las Fuerzas Armadas de Colombia, quienes hicieron agradable mi permanencia y facilitaron el cumplimiento de la misión, que al serme encomendada por la Armada del Perú, honró mi persona.

Grato es recordar esta tarde los lazos ancestrales de amistad que unen a las dos hermanas repúblicas. En nuestra patria, al iniciarnos en las primeras letras, y posteriormente en las aulas de las escuelas castrenses se nos enseña a respetar y venerar los hechos del pasado, especialmente los relacionados con la libertad de América. En esa etapa de la historia, la más bella por sus heroicas hazañas, colombianos y peruanos confundieron su sangre cuando una magna empresa, un sublime deber, los reunió bajo las banderas victoriosas del Libertador para culminar el proceso de la definitiva emancipación del continente.

La Marina Peruana tiene en el altar de sus héroes a un caballero del mar por cuyas venas corrió sangre colombiana: El gran Almirante Miguel Grau Seminario; figura máxima de la Institución Naval, culminación del talento y del coraje, ejemplo de nobleza y del cumplimiento del deber.

De padre cartagenero y madre peruana, Grau dejó tradición en el Perú; su estirpe sembró herencia marinera en Colombia y su familia vincula estrechamente nuestras Armadas desde hace varios lustros.

A todos ustedes señores Oficiales, mi saludo de despedida y sinceros votos por el progreso y engrandecimiento de esta gran nación y en particular, por el de sus gloriosas Fuerzas Armadas.